# **Daré mi vida**

Su cuerpo pesaba, ardía todo de él, el color rubí rodeaba su cuerpo. De pronto, escucha la voz de una chica, recuerda esa voz, fue la primera persona que le hizo sentir...vivo. La gente agradeciéndole le hacía feliz, después de tanto tiempo supo qué era lo que lo movía, supo cuál era su razón de existir.

Era un simple chico, al cual no le interesaba nada, estaba en busca de qué hacer con su futuro, nunca se sintió satisfecho con anteriores trabajos. De repente un olor a quemado invadió sus fosas nasales, se giró en busca de el origen de tal hedor; al ver una casa totalmente rodeada de esas llamas incontrolables, instintivamente, decidió correr hacia ella, pensando en el día en que murió su madre por culpa de tales llamas. Se sentía impotente de no haberla salvado en ese entonces. Cada noche se preguntaba “¿por qué ella?”. Su madre era alguien muy importante para él, siempre habían sido ella y él. Su padre los había abandonado, así que el día de la muerte de ésta quedó totalmente solo. Pensó que “debía” salvar a quien fuera que se encontrara en esa casa. Necesitaba sentir que esa maldita culpa que lo carcomía por dentro sería exterminada luego de enmendar el error de no haber sido lo suficientemente valiente para ayudar a su madre. Corrió lo más rápido que pudo para llegar lo antes posible. Sin pensarlo, entró para encontrarse de cara con el fuego. Totalmente desprotegido avanzó sin chistar. Buscó por los alrededores en busca de un ser vivo, sea quien sea; sólo deseó que entrar no haya sido en vano. Unos minutos después, ya débil, logró escuchar llantos ahogados, rápidamente, se movió hacia el lugar de donde provenían, topándose con una débil niña; en sus ojos se podía ver…esperanza, esas ganas de vivir y seguir adelante…las que él perdió el día que su madre partió. Esos ojos le recordaban tanto a su madre. Sus ojos fue lo último que llegó a ver, esos ojos que querían salvarlo a él, los ojos que vio antes de que el color rojo la consumiera. Sostuvo a la niña con la poca fuerza que le quedaba. Sus pensamientos estaban borrosos. Los brazos de la pequeña sosteniéndose fuertemente lo mantenían cuerdo. Pensó en si realmente podría salir de allí, si es que fue muy imprudente al entrar totalmente solo y sin equipamiento. No lograba ver la salida, había llamas por todos lados, obstruyendo el paso. Por la desesperación y con la niña desmayada por la cantidad de humo que inhalado, decidió saltar por la ventana. La presión creada por el humo la hacía imposible de abrir. Estaba totalmente pegada. Con su brazo derecho aferró, fuertemente, a la niña y con el izquierdo golpeó con todas sus fuerzas, rezando porque la dichosa ventana se rompiera. Parecía que los golpes no le hacían nada, así que usó todo su cuerpo para empujarla, logrando crear una grieta. Siguió empujando con todo el peso de su cuerpo y con el alma llena de fe. ¡Por fin! Su boca aspiró el aire con ansiedad. Ya con la ventana abierta, se asomó para analizar su caída y, al mismo tiempo, proteger a la niña. La abrazó con toda su fuerza y se sentó en el marco de la ventana para luego dejarse caer, mientras se daba vuelta para usar su cuerpo de amortiguador para la criatura. De pronto, se escuchó un gran golpe sobre un carro estacionado; sus ojos se iban cerrando de a poco, mientras experimentaba una frescura inundando su cuerpo; extrañas sirenas se escuchan, se acercaban; pero, él, sentía que todo se volvía borroso y lejano, pensó “¿Así acabó todo?” Cada segundo hacía que perdiera el control sobre su cuerpo, dejándolo completamente inmóvil e inconsciente.

 Un extraño sonido constante entraba por sus oídos. Al abrir sus ojos, logró ver a una persona con bata, parecía ser ¿un doctor? Se gira y le pregunta cómo se siente. Con voz apenas audible, le responde “la niña” refiriéndose a dónde está ella. El médico, a su lado, le dice sonriendo que está bien; que, si no fuera por él, ella hubiera muerto por el exceso de monóxido de carbono inhalado. En ese momento, sintió un alivio gigantesco. Al parecer, la niña, había despertado hacía una semana y lo iba a visitar, cada día, con la esperanza de agradecerle. En ese momento, una figura pequeña se acercó, finalmente, se pudieron encontrar: “Gracias, por salvarme la vida”. Asombrado por la visita de la niña, le sonríe alegremente. Se le escuchaba tan feliz, valió la pena arriesgar todo por salvarla, es lo que quisiera haber hecho con su madre. El médico vuelve a hablar diciendo que era un milagro de que siguiera vivo y fuera de riesgo, que cualquiera con esa altura, cargando peso y cayendo de esa manera estaría en riesgo de perder la vida, que por suerte sólo tenía unos huesos rotos; pero se recuperarían con el tiempo. La pequeña, alegre de la noticia, lo abraza como puede.

Los días siguientes se trataban de la niña viniendo con su familia a visitarlo y hacerle compañía; ya que, al parecer, se enteraron de que no tenía ningún familiar a quien acudir. Después de la rehabilitación, este joven, el cual, al inicio, no entendía su propósito de vida, lo encontró: salvar a los necesitados. Daría su vida por salvar a todos y cada uno de ellos. Luego de un tiempo, buscó trabajo en estaciones de bomberos, trabajó duro para ser aceptado en alguna de ellas, hasta que, por fin, lo logró. Participaba en cada una de las emergencias, siendo amado por todos los vecinos, sirviendo a todos, era feliz, viéndolos a todos contentos por estar con sus familias, sin buscar nada a cambio, dado que todo lo hacía por amor al prójimo.

Esos recuerdos…Dicen que recuerdas los momentos donde más feliz fuiste antes de morir. Él creía en eso, sabía que era su hora, sólo quería salvar a la última persona. Su cuerpo no daba más, estaba totalmente quemado, sin embargo, él se seguía moviendo, hasta dejar a salvo a todos. Tomó al último chico en la casa incendiada, su compañero lo recibió y salió, dejando al bombero solo. Nuevamente ese sentimiento de tranquilidad lo recorrió, su vista borrosa, su último respiro…

**Antonella Sophia Quilodrán Arroyo**

**Liceo Comercial Profesor Sergio Moraga Arcil**

**Talcahuano**